

Prólogo y agradecimientos

Como ya señalaba Jovellanos hace más de doscientos cincuenta años, en Asturias todo el mundo conoce a los indianos y mi caso no era una excepción. Al igual que la mayoría de los asturianos sabía de la importancia que la emigración ultramarina había tenido en la región y tenía conocimiento de alguna de las realizaciones de esos emigrados, que me resultaban admirables y sorprendentes, pero el hecho de que casi toda mi vida hubiese transcurrido entre Gijón, Oviedo y Avilés—donde viven mis familiares—, es decir en un entorno urbano, hacía que no tuviese conciencia real de lo que había supuesto ese hecho histórico. No será hasta que mi actividad profesional me llevé a Boal, cuando descubra la magnitud de su impacto en las zonas rurales asturianas. Un impacto de tal trascendencia, que puede afirmarse que una buena parte de esos territorios deben la llegada de la modernidad a aquellos que, siendo prácticamente unos niños, decidieron abandonar su tierra y emprendieron un viaje lleno de incertidumbres hacia al continente americano.

Allí, en Boal, durante dos años pude comprobar de manera directa como el recuerdo de la Asturias emigrante permanecía vivo entre los amigos y familiares de los emigrados, y también, como no, entre los propios protagonistas de esa gran aventura en la que se embarcaron miles de jóvenes de nuestra región. A muchos los conocí y los escuché, y también conocí y escuché a los beneficiados por el dinero de esos emigrantes, a los que seguían refiriéndose como cubanos o americanos, que no indianos, con una mezcla de orgullo y admiración. Me impresionó el respeto y la veneración con la que se hablaba de ellos o como en las casas que habían sido sus hogares, sus hijos, nietos o bisnietos custodiaban su memoria en forma de cartas, fotografías, documentos y objetos de todo tipo conservados con sumo cuidado—casi se pude decir que con devoción— y que hoy son testimonio de sus vidas y sus logros. Durante ese tiempo visité las escuelas, fuentes y lavaderos que construyeron; recorrí los caminos y carreteras que trazaron; compré en los pequeños negocios o tomé un café en los bares abiertos gracias a los capitales de Ultramar; y transité por calles conformadas por casas, no grandes mansiones, levantadas por los que regresaron. Porque Boal, respira emigración por todos sus poros, incluso alguien dijo una vez que esa pequeña villa del suroccidente asturiano era como un parque temático de la

emigración, un pueblo por el que pasearse suponía una experiencia inmersiva en esa época de nuestra historia. Y allí fue donde empezó a fraguarse este libro, que tenía como aspiración intentar precisar, al menos en una parte, la llamada obra de los americanos, lo que esos asturianos, que hace mucho tiempo partieron hacia América, hicieron de forma interesada o desinteresada, esa es otra cuestión, por su tierra.

Tras intentar explicar el motivo que me llevó a emprender este trabajo, es preceptivo dedicar unas pocas, pero sinceras palabras, a mostrar mi gratitud hacia todos aquellos que de una forma u otra han posibilitado que pudiese concluirlo. En primer lugar, es ineludible hacer referencia a los diferentes museos, bibliotecas, archivos y organismos públicos, y sobre todo a sus trabajadores, que me abrieron sus puertas y me permitieron el acceso a los diferentes fondos documentales que custodiaban. Han sido muchas las instituciones que visité, pero quiero mencionar como referente, en múltiples aspectos, al Museo del Pueblo de Asturias.

No debo olvidarme tampoco de aquellas personas que me suministraron información de todo tipo; que me permitieron consultar la documentación que conservaban en sus hogares; que me acompañaron en una visita a una escuela, cuando prácticamente no me conocían; o que me guiaron en el siguiente paso que debía tomar. Han sido tantos a lo largo de tantos años, que la lista probablemente abarcaría varias páginas, y seguramente quedaría incompleta, así que, por miedo a una imperdonable omisión, he decidido que tal vez lo más adecuado sea no incluirla en este texto. No obstante, si me gustaría tener un recuerdo especial hacia Mercedes Fernández Riopedre, con la que recorriendo los caminos y carreteras de Boal comencé mi investigación, y que supo trasmitirme el amor hacia su concejo y el respeto a los cubanos, como ella llama a los emigrantes.

Como es lógico tengo que destinar unas palabras a los investigadores y estudiosos que me dedicaron su tiempo, a veces mucho tiempo, y me escucharon con suma paciencia, mostrando una gran generosidad al compartir conmigo sus grandes conocimientos. Ellos supieron orientarme cuando no era capaz de avanzar en la dirección correcta, brindándome su apoyo cuando lo necesité y, en definitiva, han hecho posible con su erudición y sabios consejos que este libro esté hoy en sus manos. Fueron muchos, pero debo destacar a Carmen Bermejo, Ángel Mato, Fernando Manzano, Patricia Suárez Cano y, muy especialmente, a Joaquín Ocampo y al tristemente fallecido Moisés Llordén. A todos, muchas gracias.

El final de estas breves líneas de agradecimiento está dedicado a las principales víctimas de este libro, que no son otras que las tres personas que componen mi familia más directa: Verónica, Marta y Jimena, mi mujer y mis hijas, a las que tanto tiempo he robado. Especialmente a Verónica, entre otras cosas, porque, ante la manifiesta ineptitud al volante del que suscribe, desempeñó las funciones de chofer y compañera en la mayoría del trabajo de campo desarrollado. Con ella recorrí los concejos de Asturias buscando escuelas, fuentes o lavaderos, a veces emplazados en lugares bastante recónditos. Bueno, tengo que decir que no solo Verónica me acompañó en mi investigación, en alguna ocasión mi hija Marta tuvo la «fortuna»

de participar en esas largas jornadas. No creo que la entretuviese demasiado, bueno tengo la certeza absoluta de que no fue así. Todavía recuerdo, tras pasar un día yendo de escuela en escuela por los concejos de Cabranes y Colunga, su respuesta a mi pregunta, ciertamente idiota, de qué tal lo había pasado. La verdad es que fue directa y sincera, como solo puede serlo una niña de cinco años: «vaya *rollo* de día».